

---

# Libro de réquiems

---

Mauricio Wiesenthal



Figuras tan enigmáticas y fascinantes como Coco Chanel, Jean Cocteau, Stefan Zweig, Giacomo Casanova, Alfonsina Storni, George Sand, Mozart o Eugenio D'Ors desfilan por estas páginas. En *Libro de réquiems* Mauricio Wiesenthal ha reunido todos los fetiches que han marcado su trayectoria personal: famosos y pintorescos personajes a los que conoció, objetos que persiguió en subastas y aventuras, rincones del mundo que fue descubriendo en su búsqueda de vidas olvidadas. Su talento de escritor convierte inmediatamente una situación en una trama, un ser humano en un personaje, un misterio en una intriga, una ciudad cualquiera en un escenario de acontecimientos insospechados.

Con un toque de dandismo y de ironía que entronca con una larga tradición europea, Wiesenthal ha escrito una obra imaginativa y apasionada, que se nutre en la investigación y la documentación rigurosas y en una profunda erudición. Trascendente y dramático a veces, como la voz de un Réquiem, pero lleno de alegre creación artística, este libro devuelve la voz y el protagonismo a todos aquellos que crearon nuestra cultura, y ofrece una de las lecturas más gratificantes que puedan acometerse.

Entre todos los personajes apasionantes que conocí en mi vida hay dos seres que me fueron siempre leales: mi hermano Luis y mi mujer, María Rosa, a los que dedico esta obra.

M. W.

## ORACIÓN

En el cementerio protestante de Capri hay una sepultura con un reloj de sol y una cita de Mazzini, escrita en inglés: THERE IS NO DEATH IN THIS WORLD, ONLY FORGETFULNESS (no existe la muerte, sino sólo el olvido).

Este *Libro de réquiems* es también, en cierta manera, un libro de memorias; porque, en sus páginas, he reunido a grandes y pequeños personajes que forman parte de mi vida. Y no se puede rendir homenaje a los maestros, a los amigos y a los recuerdos sin recurrir a las confesiones personales.

Después de muchos años de ejercer el oficio de escritor, he llegado a la conclusión de que un libro no tiene interés si no lleva dentro una buena parte del corazón de su autor. Por eso, en los últimos años de mi vida, me dediqué a recuperar los recuerdos que no había llevado a mis libros o que había ido dejando dispersos en artículos, en charlas, en citas... Tengo la idea de que el mundo ha caído en un preocupante estado de amnesia. A los malos políticos y a los grandes productores de basura les conviene que no haya referencias de calidad. Así puede venderse todo en una oferta de «novedad». Y las referencias del buen gusto y de la cultura (maestros y artistas, genios e ingenios) desaparecen devoradas por un torrente de vulgaridades que hoy se promocionan en el negocio, se enaltecen en la propaganda y se estudian en las escuelas.

Tuve la suerte de vivir en una época que, culturalmente, era más rica, más exigente, más intensa. Y, guiado por mis maestros, llegué a conocer algunos personajes interesan-

tes. Pero nunca consideré que la cultura pudiera ser un adorno ni una renta útil, esas apariencias que tanto seducen a los burgueses. Aprendí lo mejor en los viajes y en las aventuras, devorando libros que transformaron mi vida, dejándome llevar por los sueños y los deseos, cometiendo y pagando mis propios errores. Por eso creo que tengo una deuda con los jóvenes que hoy se educan, desgraciadamente, en manos de una poderosa industria que les vende lo que quiere: en los libros, en la música, en la televisión, en el cine...

Durante muchos años me negué a dar a la imprenta este libro, porque pienso que el mundo sagrado de la edición se ha profanado con la educación de los escritores en la cultura del premio y del best séller. La literatura es justamente lo contrario: el sueño de dar vida a un libro único, a un libro buscado, a un libro irrepetible, no tanto por su valor —cualidad que siempre es relativa— sino porque lleva la traza personal del ser humano que lo escribió. Todo artesano ama sus herramientas. Y el papel, la pluma y la tinta son los fetiches del escritor. Por eso, no hay página tan disfrutada como la que se escribe a mano, en papel limpio, con pluma de tinta y primorosa letra; aunque luego vaya a la papelera.

Pero, al final, después de haber sufrido un accidente grave de salud pensé que debía renunciar al sueño de mis manuscritos, porque iba a morirme cualquier día sin que nadie viniese a buscarlos. Por eso llamé a mi buen amigo Francesc Navarro, cómplice en tantas aventuras y tan buenos vinos, y le pedí que me recomendase un buen editor, explicándole que buscaba más un artesano que una poderosa industria. Como me conoce bien, no se extrañó de que yo quisiera editar sólo cincuenta ejemplares.

—Numerados —le advertí, haciéndole sonreír.

Así llegué hasta Josep Molí. Y, para mí, fue un disfrute inolvidable acudir cada día a la pequeña imprenta donde Josep trabaja, como un mago, eligiendo papeles según su

aspecto, su peso y su tacto, buscando letras, componiendo cajas, corrigiendo acentos.

Pienso que Aldo Manucio debía de parecerse a Josep Molí. Se desespera cuando no encuentra el tipo de letra perfecto para un título, o cuando un guión de medio cuadratín no está en su sitio, o cuando la cifra de un siglo no aparece en versalitas. Desde jovencito quiso dedicarse al libro y, sin haber tenido la posibilidad de realizar estudios superiores, comenzó a leerlo todo. Sus ojos miopes dan fe de esta hermosa locura. Pero, así, fue forjando su carácter de hombre honesto, sabio, sencillo y entregado a su oficio. A veces me reñía, porque a mí, cuando escribo, se me olvida que hay dos signos distintos para el principio y el final de una admiración, o porque me descuido de cerrar comillas o acabo un párrafo sin poner el punto final. Soy, además, un desastre, porque pertenezco al género maldito de escritores que introducen correcciones y cambios en las pruebas, hasta el último momento. Nunca doy por acabado un libro hasta que no comienza a convertirse en otro. Pero debo confesar que, a veces, dejé algún signo de admiración invertido porque así tenía la oportunidad de volver a su imprenta y salir de ella, oliendo a sabiduría y a tinta.

Mi hermano Luis me dio buen consejo, siempre que se lo pedí, porque sabe cuánta vida puse en este libro, que él —con el estilo romántico y sereno que busca en sus canciones— llama «un paseo enamorado». Envié los ejemplares numerados a mis mejores amigos, tan contados que me sobraron la mitad. Y, de repente, comenzaron a llegarme noticias de personas que habían leído estas páginas, gracias a que alguna gente tiene la generosa costumbre de prestar los libros que le han gustado. El gran actor Emilio Gutiérrez Caba me escribía: «Lo voy a dar a leer a todos mis amigos». Mi querido Jean Claude du Barry, con sus modos de aristócrata del «grand siècle», me envió una carta con su papel timbrado, que comenzaba: «*Carissimo*, finalmente un poco de alimento para nuestras golosas almas de estetas». Ma-

nuel Ramos, escritor delicado y profundo conocedor de la literatura, me llamó un día y consiguió emocionarme hablando de los personajes de este libro, porque me comprendía mejor después de conocer mis sombras. No olvido tampoco la llamada de Emilio Manzano, un crítico de literatura que sabe descubrir autores, arte aún más difícil que el de comentar libros. «Tres personas hemos leído tu libro y nos ha encantado», me dijo por teléfono. Ése era mi sueño: llegar, en silencio, a tres seres humanos que habían amado mi libro. Siempre me ha gustado imaginarme a mis lectores bajo el rayo de luz que ilumina las páginas en la hora solitaria de la lectura, como si formasen parte de mi libro, de mi noche oscura, de las ansias de mi alma. Un libro sólo existe verdaderamente cuando ha sido bien leído.

Y así recibí la llamada inesperada de Daniel Fernández, que había seguido, con la discreción de un cazador de libros —es el director de la editorial Edhasa—, el vuelo clandestino de estas páginas. Cuando me dijo que quería editar el libro, dudé un instante, porque tenía miedo de traicionar mis sueños de clandestinidad. Pero me acordé de mi viejo amigo Marshall A. Best, editor de Viking Press, con el que compartimos tantos recuerdos de la vieja Europa, especialmente de la casa de Stefan Zweig en Salzburgo. Y recordé a Anna Freud, en su jardín de Londres, cuando hablábamos de su padre y de su amiga Lou Andreas Salomé. Y me vino a la memoria el pan duro que me regaló Eugen Relgis, exiliado romántico, y que había sido amasado en la casa de Tolstoi. Y me volvieron a rodear las sombras de este libro: las góndolas delante de mi casa en Venecia; las conversaciones de Lady Melbourne recitando bajo la lluvia a D. H. Lawrence; la mirada cegata del loco profesor alemán que quemaba hojarasca en homenaje a Zaratustra; la bañera de aquel palacio romano donde podía bañarme contemplando la Piazza Navona; la imagen de Claire Bloom interpretando a Ofelia, como yo la veía en mi teatrillo de cartón donde representábamos a Shakespeare y le dába-

mos a beber a Julieta un perfume de violeta, en vez de veneno; mis paseos por San Petersburgo tras las huellas de Esenin y de Isadora Duncan, de Anna Ajmátova y de Dostoievski; los bastones de Liszt que quería regalarme una vieja abuela en Weimar; las historias que me contaba Carmelina en Capri cuando me llevaba a ver la villa Lysis, donde murió el conde Fersen, vestido y maquillado de rosa. «Amori et dolori sacrum».

Decidí que todos estos recuerdos no eran ya míos y, por eso, accedí a la propuesta de Daniel Fernández de editar este libro en Edhasa. Josep Mengual realizó esta vez el trabajo editorial, aceptando mis continuos arrepentimientos y correcciones, con inteligencia, paciencia y simpatía. Y debo confesar que, a pesar de mis manías y mis temores, me gusta la idea de encontrarme entre autores que admiro y aprecio, en colecciones que tienen una exigencia literaria.

Pienso también que los encuentros y los azares van dando contenido y forma a nuestra vida, más allá de nuestra propia voluntad y de nuestros deseos. No fui yo, probablemente, quien eligió a los personajes de este libro. A unos, contemporáneos míos, los conocí de cerca o llegué a tratarlos personalmente. Otros llegaron a formar parte de mi vida por misterioso azar. Para mí son un culto, aunque para la mayoría de la gente sean *cultura*.

A diferencia de un libro de crítica o de un ensayo, que reúne biografías o nombres ilustres con una perspectiva objetiva y distante, estos personajes tienen esa proximidad personal. Llegaron a mí por caminos mágicos, en el azar de una amistad, con un manuscrito olvidado en un viejo libro, en un encuentro fortuito en un café, entre los recuerdos de familia, entre los amores de la juventud.

Muchas veces las vidas se cruzan en este libro, como se cruzaron en el misterioso tapiz del tiempo. A menudo estos cometas luminosos se encuentran y se reconocen. Pero otras veces pasan sin saludarse, porque el azar los acerca pero no los une. Le he dado siempre mucha importancia a



estas coincidencias del destino, que reúnen el mismo día a Balzac y a Dostoievski en San Petersburgo, a Liszt y a Nietzsche en Tautenburgo, a Mozart y a Goethe en Frankfurt. Yo mismo no sé cómo se encontraron un día en mi corazón. Pero los he buscado en las calles donde vivieron, en los lugares donde se amaron, en los vinos que bebieron, en los cementerios donde los enterraron...

Cada persona tiene, probablemente, un don especial que le otorgaron los dioses al nacer; aunque algunos individuos pasan más tiempo envidiando las virtudes ajenas que descubriendo las propias. Quizá yo tengo instinto para relacionar y reunir a los seres humanos, conservando en mi memoria sus nombres, los lugares donde vivieron, los lazos que les ligaron. No me preocupa la muerte. Pero he recorrido medio mundo buscando a los seres que me interesaban, para redimirlos del olvido.

En un libro de ensayo importan los datos eruditos: la fecha, el suceso, la historia prosaica. En este *Libro de réquiems* esos datos están a menudo velados o reforzados por el recuerdo personal, por la memoria confusa del tiempo, por las circunstancias de la vida. Los nombres de personajes célebres se mezclan con otros menos ilustres, alumbrando la pequeña anécdota. Es una investigación diferente: «En busca de las vidas perdidas». Pero su resultado me parece apasionante, porque mezcla a personajes que vivieron en épocas distintas, reúne vidas divergentes, conjura espíritus, descubre azares y revela simbolismos inesperados.

A pesar de que he vivido una época voluntariosa, dominada por la industria y la política no soy un entusiasta de las epopeyas burguesas de nuestro tiempo. Comprendo que la técnica ha sido la base del progreso. Pero me doy cuenta de que hoy va surgiendo también una idolatría de la técnica, puramente suntuaria y exhibicionista. Se levantan edificios que no son más que un alarde del cálculo de resistencia de los materiales. Se promocionan escritores que no son más que redactores de complicados textos que exigen

un gran dominio léxico o gramatical. Y, en la música, cada día encuentro menos artistas y más virtuosos. Por eso, llegados a este exceso, debo confesar que prefiero el barroco en la estética y en la poesía.

El mundo de mi infancia y de mi juventud estaba lleno de personajes pintorescos. Los seres humanos tenían personalidad, estilo, carácter. Poco tiempo después de nacer ya tenían cara de lo que eran o iban a ser: militares, bailarinas, contables, violinistas, cocineras, médicos. Ahora, quizás arrastrados por la estética de las rebajas, el mundo se ha llenado de clones anónimos, reproducidos en serie, multiplicados en masa. Y cuando conoces a un individuo que demuestra ser absolutamente un paleta, te da una tarjeta de visita que dice: MÁSTER POR LA UNIVERSIDAD DE CINCINNATI.

Pero no culpemos al atuendo, porque falta algo más importante: el espíritu, el empaque, la personalidad individual. Preocupados sólo por el atuendo están todos estos narcisos posmodernos que se presentan hoy en sociedad como profesores de estética, diseñadores de sillas, poetas terribles, figurines tristes o filósofos del tercer milenio... ¡Qué estupidez gastar tanto dinero en adornar tanto hueco y en peinar tanta muñeca!

Por eso este libro es también una protesta contra la clonación, contra la corriente, contra las series. Renacen en él —a veces convertidos en fragmentos— muchos personajes del pasado. Aparecen entre las ruinas del siglo XX y de sus holocaustos, como una rebelión de las estatuas. A muchos de estos seres, ayer llamados maestros, los encontré vendidos a saldo en salas de antigüedades y subastas. Visité sus casas, a menudo olvidadas o derribadas. Busqué a sus hijos, a sus nietos y a sus discípulos. No siempre fueron pesquisas fáciles, porque algunos de estos profetas ya no quieren saber nada del mundo. Pero no quise retroceder ante su mirada doliente, que Anna Freud —en el lenguaje de su

padre— llamaba *Unheimliche*, clandestina, esquiva, lúgubre. «Todo ángel es terrible», escribió Rilke. Y, de la misma forma que Gaudí levantaba delirios arquitectónicos con trozos de vidrio y cerámica, fui recogiendo el material de desecho de aquellas grandes vidas humanas para escribir mi *Libro de Réquiems*.

Recuerdo que Henry Miller tenía un amigo que saludaba siempre al pasar delante de una estatua de Shakespeare. Y el propio Miller se acercaba una y otra vez a la misma librería de Nueva York para ver un retrato de Dostoievski que estaba expuesto en el escaparate. Era una época en que los hombres apreciábamos todavía las cosas insignificantes y sabíamos coleccionar objetos viejos, recomponerlos, cuidarlos, acariciarlos y hablarles como si fuesen gatos. El amor de los objetos rotos es el amor de la diáspora: los emigrantes, los gitanos, los judíos, que aprovechan las cosas que los otros ya no quieren. Y el viejo Dostoievski estaba tan vivo como aquellos amigos locos del East Side —alimentados con pan de canela y vino, iluminados a la luz de un quinqué—, que vendían verduras y Biblias, y que daban discursos apocalípticos en mitad de la calle con un látigo en las manos, asustando a la gente que no sabía que habían dejado el carro en la esquina, mientras hablaban de los mansos y los humildes, o de los siete truenos y las ramerías de Babilonia. Justo el tiempo que necesitaban los golfillos para subirse al carro, repartirse las frutas y salir corriendo, a veces después de arrojarle al profeta unas bolas de nieve. «Bienaventurados los mansos y los humildes, y los que tienen hambre de espíritu»...

Lo último que va quedando vivo en las ciudades son sus muertos: los pobres, los marginados, los emigrantes, los mendigos. Todavía encuentro, de tarde en tarde, un loco que parece pintado por el Greco, una vieja que podría freír huevos en un bodegón de Velázquez, un borracho que canta con buena voz de bajo, un negro elegante que parece salido de un figurín *art déco*, una gitanilla angelical que me

recuerda a las vírgenes de Andalucía, un dandi que pasea con bastón y sombrero; o un perro vagabundo que lleva la cola en alto, como si fuese a citarse con una dama. Debe de ser que el alma es cosa de pobres muy pobres, o locos muy locos. Hay que nacer con ella, o inventarse una. Los ricos se compran, a veces, un sucedáneo; aunque se les ve la trampa.

MAURICIO WIESENTHAL

*Estos son los últimos restos de un libro que comencé en Capri, hace cuarenta años, y que no pude acabar en París. Durante muchos años no quise enseñarlo a ningún editor. Las mudanzas, los olvidos, las ausencias y los extravíos fueron acabándolo, llevándose de mi memoria algunas páginas que no volveré a escribir.*

*Y lo publico ahora, cuando comienzo a preguntarme si es verdad que murieron todos aquellos a los que todavía sigo esperando, sigo amando y que ya no están.*

# Una pluma perdida en San Petersburgo

## CITA CON UN CONDENADO A MUERTE

San Petersburgo me pareció siempre una ciudad mágica, pintada de colores ingenuos. A veces, es brillante y pura; pero puede ser también amarga, cruel, melancólica y triste. Quizá por eso, Dostoievski dibujaba caras asustadas en los márgenes de sus manuscritos. Y Pushkin, mientras escribía versos, pintaba ahorcados.

San Petersburgo ha dejado una huella en mi vida. La he vivido en todas las estaciones, a todas las horas. Y cuando paseo por sus calles o me aventuro en sus canales, llevo siempre el corazón lleno de vagos recuerdos de familia: los fantasmas de mi tía Lola, que perdió la razón, joven y enamorada, en uno de estos palacios. En *Llegar cuando las luces se apagan* —el primer volumen de mis memorias— he contado la historia de este amor desgraciado. Fue ella quien primero me habló de Anna Virubova, la amiga de la zarina Alexandra, que se convirtió en cómplice de Rasputin. Ella tocaba el piano para que yo cantase a Tchaikovski. Y fue ella quien me enseñó a pronunciar en ruso la palabra amor, buscándola en los versos de Pushkin, en las páginas de Dostoievski, en *Anna Karénina* de Tolstoi y en las cartas de su juventud. Me acuerdo bien: *liúbav*, *liúbov*, porque ella cerraba siempre el sonido de la o no acentuada, considerándolo más elegante. Así aprendí que el amor, en ruso, es femenino, igual que el alma, el minuto, el dolor, el papel

de escribir y el abedul. Todas las cosas importantes o bellas son femeninas en Rusia.

¡San Petersburgo! Magia de las noches blancas de junio, cuando se puede leer a Pushkin sin encender la lámpara, porque el sol nunca se oculta en el claro horizonte. Milagro de las noches de invierno, cuando las luces de gas se reflejan sobre las calles heladas, cuando se pueden seguir las huellas de Raskólnikov por los alrededores del viejo Mercado del Heno. Alegría de la primavera, cuando las aguas del Neva se rompen, como flores de nieve en un cuadro de Iliá Repin. Silencio sagrado del otoño, cuando los primeros aires tímidos se pasean por la fachada de los palacios, por los canales dormidos, por las mansiones barrocas de la Moika, donde vivieron Pushkin y Esenin.

Me apasionan los rincones geográficos que tienen alma; los lugares que esconden una conciencia oculta, como esta ciudad de duelos y domingos sangrientos, de crímenes y revoluciones, de ahorcados y fuegos artificiales, de canales nevados y gritos nocturnos, de noches blancas y cristal de roca, de poetas suicidas y mujeres bellísimas. Dostoievski encontró aquí el escenario perfecto para *Crímen y castigo*. Pushkin, el más apasionado de los poetas rusos, murió en esta ciudad después de batirse en duelo con un francés que presumía de haberle robado la mujer. El petimetre Georges d'Anthés no merecía la sangre pura del poeta. Quizá por eso Esenin —aquel joven rubio que componía también rituales de muerte— se ahorcó en la habitación de un hotel, abriéndose primero las venas, para escribir en rojo sus últimos versos. La elegantísima poetisa Anna Ajmátova escribió aquí su *réquiem* contra los verdugos soviéticos. Llevó una vida desgraciada y perseguida, encerrada en las habitaciones de servicio del palacio Sheremétev, confinada como una criada fantasma en estos salones que habían sido despojados de estatuas y de cuadros, de tapices y alfombras. Stalin asesinó a su amante y fusiló a su hijo. Me la figuro pasando el plumero sobre las notas fugitivas de Liszt

que se habían quedado en las paredes empolvadas, esperando cada noche a su amante entre las fuentes secas del jardín, sacudiendo cada día las sábanas de su hijo, como si hubiese dormido en ellas, y escribiendo versos en los posos del té, para que no cayeran en manos de la policía. Y, como no podía publicar sus versos, tuvo que distribuirlos a trozos entre sus amigos, para que intentasen memorizarlos.

Entre los poetas locos, los muertos de las revoluciones y las víctimas del asedio nazi podría llenarse de estrellas el cielo de San Petersburgo. El joyero Fabergé lo convirtió todo en esmaltes y perlas.

La primera vez que desembarqué en el puerto, un policía me advirtió que siguiese a mi guía y no me apartase de las rutas permitidas. Pero yo venía buscando a un amigo, sin saber si los verdugos del Gulag lo habían matado.

Me había comprado un gorro de astracán y debía parecer un ruso de Gógol, porque me perdí en los canales sin que nadie se fijara en mí. Tampoco se fijaban en Ibrahim Gannibal, el bisabuelo de Pushkin, que era un príncipe negro que hizo carrera en el ejército de Pedro el Grande.

Me perdí por los puentes de piedra, por las pasarelas de hierro. Una brisa fresca acariciaba las farolas, arrancando un misterioso silbido. Y me iba acercando a los dioses, adentrándome en un mundo mitológico de grifos alados, de cenefas y verjas, entre palacios barrocos, frías fachadas de granito y elegantes miradores modernistas. Desde una ventana abierta me llegaban las canciones de Tchaikovski: «Niet tolko tot to zhnal...». Y pintaba en mi imaginación los esplendores de la época dorada de San Petersburgo, como aquellos cuadros de Premazzi en los que se ven habitaciones alegres cubiertas de flores.

Llevaba en mi agenda muchas direcciones: la casa a orillas del canal Moika en la que murió Pushkin, desangrándose entre sus libros, tendido en un sofá de cuero que nunca podré borrar de mi memoria; el Castillo Miguel, a orillas del Fontanka, donde estaba la escuela de ingenieros en la que